



ASIR

REVISTA DE LITERATURA

Arturo S. VISCA	Literatura y Nacionalidad
Washington LOCKHART	Dos Formas de la Infidelidad
JESUALDO	Formación del Pensamiento Racionalista de J. P. Varela
Ricardo Paseyro	El Teatro Nihilista de Samuel Beckett
Declaración de un Matrero en 1797	
Victor DOTTI	Un trabajo Critico Magistral
H. PEDUZZI ESCUDER	El Idealismo de Sancho
Martin Enrique JAUREGUI	Recordando a Pedro Piccatto
Jorge ARIAS	Notas
Liber FALCO	Nuevos Poemas
Julio ROSIELLO	La Casa Perdida
Ruben P. PASTORINO	El Monte
Salvador E. PORTA	La F... Sola

34

ABRIL DE 1954
URUGUAY

ASIR

Cercano está, mas es difícil de asir el dios Patmos. — Hölderlin.

DIRECTORES

REDACTORES RESPONSABLES:

WASHINGTON LOCKHART

DOMINGO L. BORDOLI

CONSEJO DE REDACCIÓN:

HÉCTOR BORDOLI, GUIDO CASTILLO

LÍBER FALCO, ARTURO S. VISCA,

ADMINISTRADOR:

OROSMÁN MARTÍNEZ ANDRADA

34

ABRIL 1954

FUNDADA EN MERCEDES EN MARZO DE 1948 POR:

H. PEDUZZI ESCUDER, M. L. DE KLINGER, W. LOCKHART.

18 DE JULIO 535, MERCEDES, COQUIMBO 2257. MONTEVIDEO. URUGUAY

SUMARIO

	Pág.
LITERATURA Y NACIONALIDAD — ARTURO S. VISCA	5
DOS FORMAS DE LA INFIDELIDAD — WASHINGTON LOCKHART	22
FORMACION DEL PENSAMIENTO RACIONALISTA DE JOSE P. VARELA — JESUALDO	29
EL TEATRO NIHILISTA DE SAMUEL BECKETT — RICARDO PASEYRO	56
DECLARACION DE UN MATRERO EN 1797	60
UN TRABAJO CRITICO MAGISTRAL — VICTOR DOTTI	66
EL IDEALISMO DE SANCHO — HUMBERTO PEDUZZI ESCUDER	71
RECORDANDO A PEDRO PICCATTO — D. T. P.	75
NOTAS — JORGE ARIAS DURAN	80
NUEVOS POEMAS — LIBER FALCO	85
LA CASA PERDIDA — JULIO ROSSIELLO	92
EL MONTE — RUBEN R. PASTORINO	99
LA ESTANCIA SOLA — ELISEO S. PORTA	106

FORMACION DEL PENSAMIENTO RACIONALISTA DE JOSE P. VARELA

por
JESUALDO

Generalmente se ha sostenido que el viaje de José Pedro Varela —el fundador de nuestra escuela democrática— a Europa, y su conocimiento de Domingo F. Sarmiento, fueron los hechos más importantes de su formación cultural. Ningún biógrafo hasta ahora, sin embargo, ha revisado la formación cultural de su primera etapa, el proceso de su asimilación racionalista y la aportación doctrinaria de sus ideas y polémicas en la preparación de nuestro medio cultural anterior a la Reforma. Nuestro intento en este análisis es rastrear los valores intelectuales que influyeron en su ideario y señalar, paso a paso, como se realizó esa asimilación en su pensamiento, casi totalmente desconocido, y el alcance que logra en su lucha pre-reformista.

José Pedro Varela se inició literariamente, publicando poemas de ocasión en la revista *El Iris* ⁽¹⁾ en la cual —y todavía con su verdadero nombre *Pedro José*— publicó una “improvisación” a una niña de sociedad, de bella voz (“...para expresar mi idea me falta inteligencia — para sentir tu canto me sobra corazón”, julio 31 de 1864) que conmoviera su alma. Los versos si fluídos, no sobrepasan de un romanticismo familiar, casi intrascendente, a través de los cuales se advierte la presencia del estro de los rioplatenses Mármol y Gutiérrez, de Espronceda y de algunos otros. Sin embargo, poco más adelante, estas voces se crecen y no es difícil

(1) Esta revista literaria (cuadernillo de 16 páginas), la dirigió Agustín de Vedia y apareció desde el 1.º de abril de 1864 hasta el 31 de enero de 1865. En esta fecha se suspendió su publicación “en vista de la situación porque pasamos... —dice un editorial— incompatible con la aparición de un periódico literario que nadie lee ni puede leer”, porque de Vedia entendía que se vivían “momentos supremos”, y que “era otra la misión del ciudadano”. N.º del 31 de enero de 1865, pág. 322. Montevideo.

encontrar pensamientos con preocupaciones de orden filosófico, con problemas metafísicos, y, casi en seguida, sobre la pauta de los grandes románticos franceses, “meditaciones” y “contemplaciones” *victor huguiñas y lamartinianas*. Es de este momento en adelante, cuando su pensamiento empieza a racionalizarse: “¿Por qué, Señor, tu mano bondadosa — que ofrece al afligido la esperanza; por qué, Señor, a desterrar no alcanza — la duda que corroe el corazón”? (2), aunque cinco meses más tarde, dice: “mi fe que vacilaba se reanima...”, y a pesar de que en la búsqueda de la justicia divina “ya empezaba mi fe a desmayar... — al lanzarme al abismo de la duda — tu mano poderosa me tocó...” (3).

Es evidente que Varela vivía angustias y sobresaltos en esos momentos de su formación juvenil. Las contradicciones que estaba viviendo eran las mismas que vivían los demás jóvenes inteligentes y preocupados, montevideanos, bajo el influjo de la corriente racionalista, en su proceso del teísmo al deísmo; es decir, en su paso de la aceptación religiosa y la revelación, a una tendencia cada vez mayor a “restringir la intervención de la divinidad, tanto en la creación del mundo como en el gobierno de las acciones humanas” —que era el mismo por otra parte que ya había vivido Europa—, como así explica este proceso Arturo Ardao en escritos aún inéditos (4). En nuestro medio, siempre atrasado en la incorporación de los movimientos filosóficos o sociales europeos, justificado por las condiciones sociales, precarias, en que se desarrolla, la crisis de la fe se produce en el transcurso de 1860 en adelante, el mismo proceso que vivió Europa en el correr del siglo XVIII. Y aquí la preparan las disensiones entre el catolicismo y la franc-masonería, en especial entre los jesuitas y los masones, de 1859 al 60, que “crean y estabilizan una honda división en el seno del catolicismo uruguayo” —dice Ardao—. Y ese antagonismo, que este autor cree muy fuerte, “ejerce su influencia y hace su obra en todas las clases o esferas de la sociedad, desde la política hasta

(2) “A la señorita Ventura Estrázulas”; *El Iris*, N.º 8, julio 31 de 1864, pág. 128.

(3) “Contemplación”, *El Iris*, N.º 17, 15 de diciembre de 1864, pág. 272.

(4) Con el *Proceso del Racionalismo en el Uruguay — Evolución filosófico-religiosa nacional*, todavía inédito, Arturo Ardao, agrega un nuevo e importante capítulo a sus estudios sobre nuestra formación filosófica, iniciado en obras anteriores.

el hogar, en cuyo recinto entra dividiendo apasionadamente las propias familias" (5). Los resultados inmediatos de esta creciente tensión, concluye en tal sentido Ardao, fueron, por un lado, la expulsión de la Compañía de Jesús, victoria masón; y por otro, la exaltación al Vicariato Apostólico, de Jacinto Vera, sostenido por los jesuitas. Vivíamos en tal instante de las angustias filosóficas de Varela, "el siglo XVIII europeo en el tercer cuarto del siglo XIX..."

Varela estaba en esos momentos en la misma situación que dice Vázquez y Vega se encontraba también él, en 1879: "tratábamos de saber si podía existir una certidumbre o creencia religiosa, sin una fe dogmática y autoritaria de las religiones positivas", lo que a no dudar advirtieron bien pronto, a juzgar por su afirmación: "existe una religión verdadera que es la religión filosófica, que se hermana con una fe también filosófica, esa religión es la religión del deber, o la religión natural; existen muchas religiones falsas que son las religiones reveladas o positivas que a su vez se hermanan con una fe también infundada y errónea" (6).

En nuestro país la infiltración racionalista no se produce, sin embargo, a través de sus propios creadores: de Descartes y Locke a Pope y Voltaire, por ejemplo, y del deísmo al agnosticismo y ateísmo: Diderot y la *Enciclopedia*, etc. Aquí se produce, podríamos decir una infiltración de segunda mano, a través de los escritos del chileno Francisco Bilbao, en especial su libro *La América en peligro*, como lo ha denunciado y documentado, correctamente, Ardao. En Bilbao, "proféticamente iluminado por *El libro del Pueblo*" de Lamennais... culmina el proceso continental de la crisis de la fe que remonta sus orígenes a la Revolución. Es la figura de mayor influencia en el racionalismo uruguayo de la época". Bilbao, que hasta las investigaciones de Ardao no había sido siquiera citado entre nosotros, cuanto más señalado como capaz de tan preponderante influjo; que en París visitó a Quinet, a quien llamó "padre", correspondiendo al hijo con que le llamara el pensador francés; que vivió una vida agitada de incitaciones y rebeliones, de encendidos panfletos, de egolatría mesiánica girondina

(5) Cap. X de la ob. cit.: "Masones y Jesuitas del 50 al 60".

(6) Ardao, ob. cit., transcribiendo un artículo de Prudencio Vázquez y Vega, aparecido en *La Razón*, del 12 de agosto de 1879.

(el término magníficamente definidor es de Ardao), y de destierros; que muere tísico a los cuarenta y dos años; este chileno, digo, fué el que encendió la luz racionalista también en nuestro país, como ya lo había hecho en el suyo y en otros de América, y quien, desde Buenos Aires, incitaba a la juventud contra el dogma y la revelación.

El libro a que nos hemos referido se publicó en aquella ciudad, en agosto de 1862, y fué objeto de entusiasta recepción en Montevideo, en la revista literaria *La Aurora*, que dirigía José Antonio Tavolara. Esta publicación "que contaba entre sus colaboradores activos o nominales, a los principales hombres de letras de la época", lo comentó en octubre del mismo año, más o menos por la fecha que una pastoral del Obispo de Buenos Aires prohibía la lectura del libro. Para los comentadores de *La Aurora* —por voz del poeta L. Lapuente— *La América en peligro* era "una columna de fuego que, como la de Masaya, se levanta a los cielos para fortalecerse en Dios y alumbrar la verdad en la tierra. Es la voz del profeta de la democracia, ardiente como la libertad y severa como la justicia; que habla a la América, interroga a Europa, exhorta a los pueblos y confunde a los déspotas" (7). Desde entonces —y cada vez más ante nuevos trabajos— Bilbao quedó unido a la intelectualidad uruguaya, como su profeta y mentor. Las dos palabras fundamentales de su ideario eran racionalismo y república. "Su doctrina —dice Ardao— se forma de tesis simples. El pasado de América es la Colonia, la Colonia es España, la España es la Edad Media: oscurantismo religioso y absolutismo político. El futuro debe ser Francia, la Francia de los pensadores deístas y los revolucionarios republicanos de los siglos XVIII y XIX, o Estados Unidos, los Estados Unidos de la libertad política y religiosa, de la democracia y del libre examen. El presente es una contradicción viva, una mezcla de pasado y de porvenir, una antimonía que hay que superarla: la forma política republicana en relación con la forma religiosa católica" (8). Como vemos, estas banderas republicanas y racionalistas son las mismas del republicanismo francés de la época. Para Bilbao, "la desarmonía entre lo religioso y lo político en América", era lo que constituía "la debilidad y el pe-

(7) Ob. cit., Cap. XII, "De la religión revelada a la religión natural".

(8) Ob. cit., Cap. VII, "El racionalismo en América".

ligro de ésta. Preciso es consagrar el Racionalismo sobre las ruinas de la Iglesia, para poner de acuerdo el espíritu religioso con las instituciones políticas". Ese, y no otro, ha de ser el Evangelio Americano.

Hemos querido exponer con cierta detención estos conceptos, porque en ellos vamos a encontrar la base ideológica de la primera etapa formativa del pensamiento y de la cultura de Varela. Las relaciones directas de Bilbao con nuestra juventud, quedó documentada con una carta del 10 de mayo de 1863 (pero que recién tres años más tarde, Tavolara se animó a publicar), en la que refirma la rectoría de América en la dirección del mundo y en donde señala que ojalá "la locomotora del progreso no se descarrile si tropieza con la lanza del caudillo". Esta locomotora de Bilbao, de aquí en adelante, va echar mucho humo en nuestro País. Varela recogerá esta imagen, y no la olvidará cada vez que en algún artículo mire hacia el porvenir proféticamente. De las revistas, saltó Bilbao a las cátedras universitarias. En 1882, Daniel Muñoz señalaba esa época como desde la que databan "las corrientes ultraliberales y racionalistas", que predominaban en el espíritu de la juventud. En realidad, estas corrientes, como vemos, databan de más atrás.

Entre los adeptos de esta prédica de Bilbao —hasta convertirse poco después en enfervorizado discípulo— se cuenta José Pedro Varela, y en cuya iniciación literaria en *El Iris*, vimos los primeros síntomas de ese racionalismo deísta. Sus meditaciones sufrieron una primera pausa con el cierre de *El Iris*, ante los momentos oscuros que vivía la República. Triunfante la Cruzada Libertadora, que paseó su estandarte con la efigie de la Virgen María, que presagiaba el auge del catolicismo, y elevado Vera al obispado, que señalaba la victoria jesuítica, la juventud liberal y de pensamiento progresista tenía por delante un incierto porvenir y un campo de batalla cuyo alcance desconocía.

Sin embargo no se puede considerar la iniciación de Varela como escritor hasta que no aparece *La Revista Literaria*, semanario que nuevamente dirige Tavolara y del que forma parte un grupo de jóvenes talentosos e inquietos, entre los cuales Varela, que aparece entonces con el nombre que había de usar definitivamente:

José Pedro ⁽⁹⁾. Escritor de vena fecunda y ameno estilo, con facilidad para vulgarizar conceptos, libros e ideas; gran trabajador, como reconocen sus propios compañeros de redacción ⁽¹⁰⁾, se echó encima el mayor y más pesado trabajo durante un año, publicando poemas, crónicas semanales que firmaba con el pseudónimo de *Cuasimodo*, ensayos de distinta naturaleza, notas de viaje, etc., trabajo que acabó abrumándolo, y ambos —revista y escritor—, poco menos que odiándose. No obstante la brevedad de esta etapa, es fundamental para conocer y apreciar su rápida madurez filosófica, la superación de sus pasos y la firmeza de muchos de sus mejores conceptos, ya entonces, los que sólo se iban a perfeccionar, progresivamente, en su viaje y trabajos posteriores.

Desde los primeros números de la revista, se inaugura en sus columnas más como deísta que como racionalista, todo él vertiendo bilbaísmo. De Varela, entonces, sí que se podría decir lo que dice Bilbao en su Dedicatoria de *La América en peligro* a Quinet y a Michelet: “palabra de vuestra palabra” ⁽¹¹⁾. A un artículo exaltando la crucifixión de Cristo, y eso a pesar de que “nuestra pluma es estéril para la descripción de tanta sublimidad, de tanta belleza y de tanta religión”, se une un poema “a imitación de Ricardo Gutiérrez”, sobre la Caridad, como “fruto del amor” que será premiada por Dios, y una refirmación de la fe religiosa, en unos “fragmentos de unas impresiones de viaje” por el Paraná, en donde declara el valor de tal estimulante para luchar contra “los baluartes del despotismo” ⁽¹²⁾. Sin embargo, en este mismo número de la revista, la presencia del fiscal le hace anotar un paso adelante: “La República camina. La libertad progresa. El

(9) En cuanto a este cambio de nombre, más que el sentido eufónico, tal vez predominara en el joven, el orgullo patricio de los Varela y Ulloa (antiguo comisionado real de Carlos III), a estar por algunas referencias biográficas, ya que, se dice, nuestro poeta prefería no llamarse como el almacenero Pedro Varela, de la esquina de su casa...

(10) En uno de los últimos números de la Revista (el 53, del 29 de abril de 1866, pág. 812), y tal vez ya planteada la crisis de Varela con la Dirección de la misma, al hacer el balance de su realización, se destaca la ayuda de los colaboradores entre los cuales ha descollado José Pedro Varela —agregan—; en el mismo número en que éste noticia su posible separación de la redacción.

(11) *Obras completas de Francisco Bilbao*, Imp. de B. Aires, 1865. T. II, pág. 173.

(12) *La Revista Literaria*, Montevideo, Año I, N.º 2, mayo 14 de 1865, pág. 6.

catolicismo cae. Los imperios se bambolean...”, como se puede ver traducidos en la tesis de Bilbao y en su propio estilo de frases cortas, incisivas y radicales.

Su encuentro con el chileno, va ser denunciado en cada nuevo paso de su pensamiento. En esta misma edición, en un soneto “Duda”, del 1.º de julio de 1846: “Tú que... (aquí se puede agregar todo lo que se cree capaz de hacer Dios). ¿Quién eres? ¿Dónde estás? Indiferente — ¿cómo ves, si eres bueno, al afligido? — Si eres justo y leal ¿cómo consientes — que oprima la maldad al desvalido?”; y termina: “Pregunto a mi alma y permanece muda” (13). De la misma manera (y con la sola diferencia de su profundidad o grandeza) se habían preguntado en Europa los hombres del 1700, frente al optimismo de Leibnitz. Y todavía, en este mismo número, Varela inició la revisión de los sucesos de la semana, bajo el pseudónimo *Cuasimodo*, homenaje de admiración casi mística a Hugo, al que creía un Dios, como nos lo revelará más tarde. Estas crónicas, que aparecieron inexorablemente, son reseñas bastante frívolas, casi linderas a lo cursi muchas, apasionadas y peleonas algunas, y versan sobre los acontecimientos provincianos de la semana: bailes, personajes de las tertulias, funciones de teatro, etc. Pudieran parecer a alguien, con cierta buena fe, notículas semejantes a aquellas del testamentario de Thomas Graindorge, Taine, en especial las sobre salones o conciertos. Pero no creemos que éstas —apenas publicadas en París— siquiera hubieran llegado al Río de la Plata en esta fecha.

Mezclando sus angustias poéticas (que no sabemos si correspondían a aflicciones reales, en verdad), como en esa “Ausencia” (“¡y ya no volverás! Y nunca,, nunca — tus ojos pardos volveré a mirar”), con sus semanas de *Cuasimodo* y con las traducciones a Hugo y Byron, señala en “La sanción del crimen”, su entusiasmo por Juárez y su republicanismo, eco muy cercano de las páginas de Bilbao en las que hacía poco señalara, a raíz de la expedición de Maximiliano a México, el peligro que tales entronizaciones suponían para el continente (14), sintetizando la preocupa-

(13) Ob. cit., pág. 12.

(14) “Méjico monarquizado amaga a los Estados Unidos y a las Repúblicas del Sur, y con el apoyo de la Francia Imperial, amenaza al mundo con la exterminación de la República...”, escribía Bilbao, *obras completas*, T. II, pág. 180.

ción del Chileno en estas palabras: “¡Cuántos oprimidos hay que libertar! ¡Cuántas cadenas que romper! ¡Cuántos ídolos que derrocar!” (15).

Y como la lucha política es inseparable —ya vimos— de la religiosa, en el número siguiente, Varela tratando “De la libertad religiosa”, señala su incredulidad de que se pueda llegar a la libertad política, a la libertad social, bajo la tiranía religiosa, asentando su afán: “todos anhelamos llevar un auxilio pequeño o grande, en favor de las ideas de progreso y libertad”. Pero su advertencia ya no es solamente la de un literato entusiasta con las ideas liberales, sino que es la de un sociólogo —el que apunta en cada nuevo artículo de este joven romántico—, y como consecuencia, enfila sus preceptos a la realidad educacional de su tiempo, en su medio, para criticar a quienes se les encarga tan delicada misión y no se les exige más títulos que “una sotana”. “Nosotros no queremos —escribe entonces—, como el catolicismo ahogar la voz en la garganta de nuestros enemigos... sólo queremos que se escuchen nuestros argumentos; que se examinen a la severa luz de la razón”, reclamando a continuación la difusión del “evangelio verdadero, el código republicano que dictó Cristo a la Humanidad” (16); todo lo cual no está reñido con su “Consuelo”: “el pensamiento — nos lo da la bondad del Hacedor” (17).

A la defensa de la libertad religiosa, seguirá la de la libertad económica, y, buen hijo de la burguesía progresista de su tiempo —a lo Voltaire: por un lado cuestionando contra dogmas y revelaciones y por otro invirtiendo buenos luses en el tráfico mercantil—, señala la importancia de la economía política en la democratización de los pueblos, ya que su objetivo es el de iluminar la conciencia del pueblo sobre sus verdaderos intereses y de delindar bien los poderes del gobierno con respecto a las libertades económicas” —como así define esta ciencia— (18); y piensa “que la moralidad de que gozan”, de modo que crearle riquezas a un pueblo es mejorar su moral, cosa que no se puede conseguir sin libertad religiosa. Lo demuestra, por vía de ejemplo, la ley de res-

(15) *La Revista Literaria*, N.º 3, mayo de 1865, págs. 48 y sgtes.

(16) *Ob. cit.*, N.º 4, mayo 28 de 1865, pág. 62.

(17) *Ob. cit.*, N.º 5, junio 4 de 1865, pág. 78.

(18) *Ob. cit.*, N.º 7, junio 18 de 1865, págs. 109 y 110.

tricciones bancarias —que se está sufriendo—, que ha estancado la fundación de bancos, y en consecuencia, el desarrollo de las industrias y el comercio que reposan sobre la solidez del crédito bancario ⁽¹⁹⁾. Avides difícil de colmar la de este joven, preocupado por todo, devorándolo todo, que no bien deja la pluma de la economía, ensaya sus vuelos líricos como en “La pasionaria”, “A un poeta”, etc., o se distrae en su crónica semanal, en todo lo cual nunca está totalmente ausente el desterrado de Guernesey, su númen y maestro.

En números posteriores, Varela analiza y sienta principios sobre otro aspecto de la libertad (cuestión esencial para los liberales): la libertad de prensa. Señala los objetivos democráticos de esta necesidad, las pocas libertades de que se gozan, las “monstruosas” leyes existentes, a pesar de la protección del texto constitucional, definiendo esta libertad de pensamiento como “el derecho de tener y emitir las ideas que se juzguen verdaderas, estén o no en contra de las que tengan la mayoría” ⁽²⁰⁾. Todo su pensamiento —ya el que serpentea a través de sus poemas, siempre el talón de Aquiles de su conciencia y personalidad, ya el que elabora en función de los datos reales que vive— sufre un proceso de rápida maduración al contacto con las experiencias que viven los pueblos en todas las latitudes. A Varela no le es insensible ningún dato externo. Vibra con los acontecimientos internacionales, lo mismo que con la lectura de los últimos poemas de Byron que descifra con su inglés de entrecasa, o con las últimas páginas de Hugo que le han llegado de ultramar, y traduce ávidamente para la revista. Así, mezclado con su admiración a Lincoln sacrificado en “aras de la democracia... esa democracia —agrega— que sabe llorar al que muere; pero sabe reemplazarlo inmediatamente” porque esa la “fuerza”, la “grandeza, la perpetuidad de sus instituciones” ⁽²¹⁾, sus recién traducidas páginas de *El último día de un condenado* de Hugo, que las recomienda al lector para conocer la verdad y en consecuencia hacerse libres, como rezan sus advertencias preliminares.

Promediando el año 65, viene a Montevideo a consagrar obis-

(19) Ob. cit.

(20) Ob. cit., N.º 9, julio 2 de 1865, pág. 144.

(21) Ob. cit., N.º 10, julio 9 de 1865, pág. 152.

po al "sapiéntísimo e ilustrísimo Don Jacinto Vera" — a raíz del triunfo de los jesuitas, ya señalado — el Jefe de la Iglesia Argentina. Desde las páginas de la Revista, Cuasimodo se desmanda, terciando en la vieja inquina, y deja su protesta en una "salutación": "Compañeros de Jesús, padres jesuitas, heroicos misioneros que sabéis llevar a todas partes del mundo vuestras ideas de tiranía y miseria, que en la puerta de cada casa, y en la puerta de cada conciencia, encontréis de centinela a la libertad para gritaros: atrás!" (22). Las pausas líricas, siempre doctas asistencias de imágenes, de recuerdos, o persistentes dudas que tanto cultivan los románticos, no sirven más que para acicatearle en sus salidas por el mundo de la realidad, por el campo de Montiel.

En un nuevo artículo sobre "Los gauchos", advertimos la madurez creciente del observador de los fenómenos sociales y la agudeza de quien, tal vez en función de probable Reformador, señala las causas de nuestro estancamiento moral y material. Los define sin ninguna clase de pintoresquismo y menos consideración histórica. Los cree ricos, poderosos, "si se comparan sus necesidades con los medios que tienen de llenarlas". Los clasifica como "masas simplemente consumidoras" y cuya perpetuidad le arranca interrogantes. No los ve más que como una consecuencia de que "la civilización, el progreso, que han llegado a las ciudades americanas, se han detenido en ellas sin extenderse hasta sus campiñas..." (23). Es este, a nuestro parecer, su primer encuentro con Sarmiento, sentimos el remecimiento de las páginas de *Facundo*, señalando el "Arroyo del Medio" como el límite de la civilización argentina. E igual que Sarmiento, Varela culpa ya a la inasistencia educativa como la engendradora de estos males. Les falta escuela a nuestros gauchos. E invirtiendo los términos (como lo hizo no sólo Sarmiento, sino todo su siglo) afirma que si esparciéramos escuelas "profusamente" (¡qué desconocimiento del Uruguay del 60!) en nuestras campiñas, cambiaríamos las ideas de las mentes gauchas, "y con ellas quizás su futura ociosidad", agregando: "no necesitamos poblaciones excesivas; lo que necesitamos es poblaciones ilustradas". Finalizando: "es por medio de la educación del pueblo (aquí está incluso el título de su primer libro futuro

(22) Ob. cit., N.º 11, julio 16 de 1865, pág. 184.

(23) Ob. cit., N.º 13, julio 30 de 1865, pág. 206.

sobre la materia), que hemos de llegar a la paz, al progreso y a la estimación de los gauchos. Entonces, el habitante de la campaña a quien hoy embrutece la ociosidad, dignificado por el trabajo, convertiría su caballo hoy elemento de salvajismo en elemento de progreso y trazaría con él el surco que ha de hacer productiva la tierra que permanece hoy estéril. Y las inmensas riquezas nacionales, movidas por el brazo del pueblo, trabajador e ilustrado, formarían la inmensa pirámide del progreso material. La ilustración del pueblo es la verdadera locomotora" (24). Esta es la locomotora de Bilbao, que sintetiza las aspiraciones de los siglos XVIII y XIX, y que Varela como Sarmiento han asimilado.

La marcha creciente del entusiasmo "bilbaíno", y el ejemplo de aquella "pobre roca perdida en el mar y en la noche" (como se definió a Hugo), la atenacean en "Las Revoluciones", explicando su alcance y necesidad, como "el medio de que se han valido las nuevas ideas para derrocar las viejas tradiciones. De ahí que, a pesar de lo que ellos tienen de violencia, Varela ve que serán necesarias muchas revoluciones, porque "mientras haya despotismos entronizados y que el crimen se pasee triunfante y que la mentira y el error tengan su apoyo en la fuerza, la revolución será el símbolo del progreso" (25).

Paralelamente a su crónica social y a sus eclosiones poéticas, Varela, día a día, sigue definiendo su conducta y pensamiento. Viene tomando posición en la vida y a la luz de su postura enjuicia, socialmente, todo lo que él cree debe corregirse. Así, por ejemplo, en sus artículos "Los privilegiados" (en economía) señala que son siempre, en esta materia como en política, en moral como en religión, "una violación de la igualdad, y por consiguiente, una violación a la justicia". Por eso se declara anti-proteccionista y de filiación concurrencista (no olvidar que Varela trabajaba en la barraca de sus padres) por principio moral. La base de esta nueva actitud se la provee un reciente libro que llega a sus manos, el de Ch. Dunoyer, *La libertad de trabajo*, y su propósito es de luchar contra los gobiernos que ejercen un poder arbitrario en la dispensa de los favores proteccionistas de cualquier índole que sea. Sus ojos se dirigen entonces hacia el Norte: "que nuestros gobiernos

(24) Ob. cit., pág. 207.

(25) Ob. cit., pág. 223.

recuerden siempre que los Estados Unidos deben su gigante desarrollo a las libertades económicas y políticas que han gozado", porque la libertad que "nos hará justos, nos hará grandes, nos hará ricos" —dice— "fecunda prodigiosamente todos los terrenos en que se arroja" (26). Esta batalla en favor del derecho de enriquecerse no le inhibe su cuarto poema sobre la "Caridad": "la caridad es el bien — y el bien, es la luz divina!", aunque en "Cantares" posteriores, un nuevo temblor en la fe que está y desaparece, le hace dirigirse a la "Virgen de los dolores" para que le conserve la fe que Dios le diera a quien sólo tiene "Lágrimas para darte — y esas te ofrezco" (27).

La polvareda que levantaron sus citas a Dunoyer (al parecer mala palabra entonces en nuestra pacata aldea), trajeron el lodo siguiente. Bajo el pseudónimo de *Sagitta*, un espíritu travieso empujó a Varela —poeta— a la contradicción, puesto que si la verdad es la meta hacia la cual camina la civilización (como sostenía Varela), la poesía está o estará en decadencia, porque la poesía no siempre es la verdad. Varela que cree que "todo aquello que es un error o una mentira es una rémora del progreso y por consiguiente debe combatirse", sostiene audaz y definitivamente, con una proyección realista que tal vez escape a su propia previsión, "que si la poesía es la mentira, la poesía debe combatirse" (28). Es decir, que, o la poesía es la verdad o la poesía no existe...

Con este criterio Varela trata de reivindicar el sentido utilitario que debe tener la poesía, a pesar de que, a nuestro modo de ver, escriba entonces mucha poesía sin otra utilidad (al parecer) que su propia pequeña verdad. Podría pensarse aún que su criterio no se extiende a su efecto social, de acuerdo con la propia experiencia poética que viene viviendo (la suya es poesía de tipo amatorio, de un lirismo muy personal e intransferible; casi ninguno de sus poemas por la parquedad de las ideas que encierran escapan de la esfera local); sin embargo él mismo nos aclara su posición a renglón seguido. Su pregunta de si ella "es acaso, un arte que, como la mayor parte de las religiones, permanece sorda al ronco grito de las nacionalidades oprimidas y laceradas, y que

(26) Ob. cit., N.º 15, agosto 13 de 1865, pág. 242.

(27) Ob. cit., N.º 16, agosto 20 de 1865, pág. 255.

(28) Ob. cit., pág. 257.

cubriéndose con el manto de un estéril idealismo, asiste indiferente y muda a las gigantescas luchas de la humanidad, y ve impasible que se profane la pureza, que se ultraje a la moral, que se azote a la justicia, que se cimente el error?"... es una respuesta a la posición del creador en el drama humano. Para reafirmarla, ejemplariza repetidamente sobre la indiferencia de muchos poetas, que llama "pintorescos extraños a los destinos de la nación", como Julio Itálico Metastasio, Gesner... o Bembo y Sanazaro que "entonan pastorales, mientras que el extranjero arranca la espada de los reyes de Italia" (29). A esta indiferencia, el "torremarfilismo" de todos los tiempos, Varela contesta con un rotundo "No". Y entra a definir su concepto sobre la poesía, que es el del siglo XVIII del que procede: "La poesía es la verdad. Es el entusiasmo por todo lo grande, lo noble, lo justo, lo verdadero. Es la protesta contra todas las iniquidades, contra todos los crímenes, contra todos los errores". Esta definición, así como el criterio en general que sustenta en esta defensa, no son otros que los de Lamartine, que Varela, amparado en la autoridad del francés, hace suyos. No hay una palabra sobre la cuestión formal, aunque sí sobre la evolución de los géneros poéticos. "Si a las imaginaciones incultas y tiernas de la infancia del mundo —continúa del brazo del autor de las *Lamentaciones*—, podrán bastar las poesías líricas y las imágenes inexactas del Génesis; y más tarde cuando "la humanidad ha dado ya sus primeros pasos en la vida, y entra digámoslo así, en la adolescencia, con todo el ardor bélico y la falta de raciocinio de los primeros años, la epopeya puede bastarle. Homero con sus héroes que son casi de la misma talla que sus dioses —dice con palabras de Hugo— llena completamente esas imaginaciones sencillas pero briosas. Pero en la época de la civilización, en la edad viril del mundo, la poesía lírica no basta, la poesía épica no es suficiente; es necesario que el drama con su fiel representación de la vida, con su carácter de verdad y precisión, ocupe la mente más razonadora y más verdadera del mundo ilustrado ya..." (30). Critica luego toda poesía que falsea la verdad, de lo que no escapan ni sus admirados Hugo y Lamartine, destacando "que lo que nos agrada en ellos, lo que encontramos poético,

(29) Ob. cit.

(30) Ob. cit., pág. 257.

es la parte de verdad que encierran, no lo que por falsearla resulta indigno de ambos", como visto bajo el severo aspecto histórico, así considera la *Historia de los Girondinos* de Lamartine, "libelo indigno", como la clasifica.

Y en el número siguiente, en un segundo artículo sobre el mismo tema, luego de reafirmar sus ideas anteriores, y de asentar que la poesía es inmortal, señala que, en su completo desarrollo la poesía será, como dice Lamartine, "la razón cantada". Y esto no quiere decir que desaparecerán las poesías líricas y épica, porque "mientras hayan hombres —dice parodiando a Bécquer—; mientras el amor y el odio se disputen el corazón humano, etc..." habrá poesía lírica, y "habrá poesía épica mientras hayan hombres que se levanten sobre el resto de la Humanidad", pero eso sí —concluye— "la lírica vivirá en la parte que tiene de real; la épica se conservará en lo que tiene de verdadera"; por eso vivirá la poesía eternamente y su dominio será ilimitado ⁽³¹⁾.

Los poemas posteriores de Varela, que se publican en esta misma revista, no sirven, sin embargo, más que para ejemplarizar "su" verdad, pues ni esos "recuerdos", ni su exaltación a la virtud, ni sus preceptos religiosos en versos, sobrepasan de una exposición moral en versos más o menos fáciles e intrascendentes. El norte de su brújula seguía siendo su prédica contra el catolicismo, de lo cual da continuas muestras, ya criticando la inflexibilidad de la autoridad de las Hermanas de Caridad en los hospitales, a raíz de un hecho reciente, ya haciendo la apología de un grupo de sacerdotes italianos que se unieron en Italia, en "clérigos emancipados", ya fustigando a quienes se burlaron de una nota que escribiera sobre un suicida desconocido, cuya emocionante carta pos-trera al comisario le arranca reflexiones sociales.

Pero su preocupación sociológica le trae de continuo a la realidad de su preparación. Su necesidad de ampliar el significado y alcance del término libertad, le pone la atención constantemente sobre aquellos aspectos en donde ella está amenazada, sea en cuanto al crédito público y la deshonestidad de los bancos "quebradores", sea para poner en guardia a sus jóvenes amigos montevideanos sobre lo que el mismo llamara "nuestra monomanía americana" (esa ilimitada admiración a los Estados Unidos). En Va-

(31) Ob. cit., pág. 258.

rela nada es indiscriminado. Su corazón es caliente pero su cabeza es fría. Así, por ejemplo, en su réplica a "Yankees en el Río de la Plata" de Félix Frías, quien desde Buenos Aires terciaba en defensa del jesuitismo y el ultramontanismo y su obra en los E. Unidos, Varela le dice en "Los jesuitas yankees" que ha de seguirse de E. Unidos lo que tiene de bueno, pero que es también "empresa tan absurda como imposible... construir la obra de Washington con las doctrinas de Loyola" (32).

La distancia que va del planteo teórico de las formas y doctrinas liberales a la práctica de una sociedad realmente liberal, y el apresuramiento indigesto con que este joven de veinte años absorbe todo un siglo de cultura a través de sus más variadas y complejas disciplinas, le prepara sarcásticas trampas a su ideario que ahora algunos gustan llamar "justicialista" (uso el término exclusivamente). Así, por ejemplo, un día llega a sus manos el último correo: C. A. Boyer, *Theorie de l'impot.* Analiza los conceptos clásicos de Turgot y Mirabeau, casi opuestos, y al destacar que la teoría de Turgot es la teoría "por la fuerza a la debilidad" (y que es la que más acerca a la verdad), advierte la correspondencia entre la economía y la política: "los sistemas económicos —dice con firmeza— responden siempre a los políticos; el monopolio al despotismo, a la monarquía el proteccionismo y la libertad a la democracia", sin ver ninguna otra clase de interrelación entre estos valores. Sus esquemas sociológicos, al igual que los de su maestro Bilbao, son muy simples. Royer tampoco alcanza para clarificar sus contradicciones. De ahí que cuando señala que con el proteccionismo "el impuesto es la injusticia, porque no se limita sólo a dar los medios de subsistencia al gobierno, sino que trata de corregir la desigualdad de las fortunas tomando por medio de la fuerza, una parte de la riqueza a los poderosos para ir a vaciarla en la bolsa del pobre", Varela, esa especie de Isaías uruguayo en desvelado clamor por la justicia, etc., retrograda todos sus puntos de vista a la misma altura que la de los ultramontanos a quienes critica, y reduce a un lema vacío sus denuestos sociales. En su descargo, en esa especie de cerrazón económico-social en que vive inmerso, el joven barraquero Varela atina a superar la tesis de Turgot, y por lo menos a comprender la justicia del im-

(32) Ob. cit., N.º 23, octubre 8 de 1865, págs. 372 y sgte.

puesto, aunque no sabe bien en qué forma ha de ser aplicado con más provecho, por eso, en definitiva, decide recurrir a Montesquieu (sigue el siglo XVIII), que es sin duda a quien recurre igualmente Royer al final, para recomendar a los legisladores: "No es por lo que el pueblo puede dar, que deben medirse las rentas públicas, sino por lo que debe dar" (33).

La contradicción es más manifiesta, en seguida que Varela toma partido en la defensa de los oprimidos económicamente, como sucede en su crítica a "La Guardia Nacional y las excepciones del servicio", en donde analiza las injusticias de exoneración de servicio a los universitarios en los meses anteriores a los exámenes, cuando no se exoneran a los que se estudian sin profesores, solos (por no poderse pagar los estudios), o los que trabajan, cuyas posibilidades distan mucho de las de los universitarios. "Pretender que los trabajos de inteligencia son los únicos dignos de ocupar la atención de los que anhelan adelanto en el mundo —dice, tratando de reivindicar la función manual del obrero—, es desconocer la dualidad del hombre y olvidar a la vez, que no hay un solo progreso material que no haga progresar la inteligencia" (34). Y en la defensa de este concepto, agrega que si Voltaire le parece grande no lo es menos Fulton: "el vapor es el verdadero elemento civilizador de nuestra época... Es que los trabajos materiales mejoran la sociedad por la base, civilizan las masas de clase baja del pueblo, en tanto que los de la inteligencia se operan en la cúspide social, mejoran la parte brillante de la sociedad". De donde concluye que son más útiles los trabajos que mejoran las clases bajas que las altas, por lo cual, si alguien debe estar exento de cargas en el problema de los Guardias Nacionales, ha de ser la clase baja, precisamente.

La labor de Varela (estudio, aprendizaje, traducción de sus inquietudes, etc.) en todo este año fué, ya lo dijimos, abrumador. De ahí que en los últimos meses del año su producción declinara un tanto. Aparte de los problemas que ya se hubieran empezado a plantear con la revista, se siente cansancio en su pensamiento, pesimismo en sus ideas. En el número que aparece por la fecha de los muertos, hay serios síntomas de ese cansancio y escepticismo.

(33) Ob. cit., N.º 25, octubre 22 de 1865, pág. 402.

(34) Ob. cit., N.º 26, octubre 29 de 1865, pág. 425.

Una digresión sobre "La conmemoración de los muertos", en donde "el profundo misterio de los sepulcros nos aterra" —dice—, porque si "la tumba es el abismo, caer a él es caer en el olvido" y para Varela, "el olvido es la verdadera muerte", denuncia sus frescas lecturas del Larra del Pobrecito Hablador ("Declaro y confieso... que tengo miedo y que de miedo me muero..."), que se prolonga en su crónica semanal, dedicada a los muertos y que empieza: "Acababa de morirme y estaba triste... "La crónica es un divertido viaje al otro mundo y a semejanza de "El día de difuntos de 1836", de Fígaro en el cementerio, luego de encontrarse con Escepticismo que la lleva a un baile y le presenta a los asistentes, entre ellos: las señoras Virtud y Honradez, la señorita Pureza (que es divina), hermana de Bondad, Inocencia y Pudor, las que nunca pudieron llegar más que a las riberas de la tierra, porque siempre "el soplo del mal las ha rechazado", y con quien bailó "una polka divina de Ascher" (el compositor de tono menor y popular, de la época).

Luego Escepticismo le lleva a otra sala en donde ve "el gobierno delegado" —que es un esqueleto—, lo que le asombra, dice, porque siempre está acostumbrado a verle en traje de gala... Como inquiera sobre lo que pasaba, Escepticismo le dijo que oyera y aprendiera. Y entonces, en lugar del "aquí yace..." de Larra, Varela pone en boca de Escepticismo: "La tierra es una *sombra* de este mundo... Hay una *sombra* de gobierno, a quien auxilia una *sombra* de patriotismo y una *sombra* de inteligencia y una *sombra* de prestigio, que da una *sombra* de libertad, a una sociedad que es una *sombra* de pueblo..." Y así le siguió convirtiendo todo en *sombra*, por lo cual, en definitiva, "no hay más que una *sombra* de verdad". Despierta despavorido de este sueño, y luego de hacerse una serie de interrogantes, termina definiéndose como un cadáver, y señalando que la semana de los muertos debe ser el año" (85). Larra había dicho: "Mi corazón no es más que otro sepulcro". Este estado de espíritu de Varela se completa en el número siguiente con un canto a "El Sepulturero" (manes de Espronceda y de todo el romanticismo patibulario), en donde evoca los cementerios de ricos y de pobres, al cual —al último— recurre la mente cuando se halla triste porque del mismo modo que el de los ricos es "sala de recibo" — "necia vanidad desprecio ins-

pira" —, el de los pobres "es el dormitorio de los muertos; es el traje de las tumbas" (36).

Su insistencia liberal, sin embargo, no descansa y arremete todavía contra los censores, otra herida a la libertad de expresión. "Lo hemos dicho ya, y volvemos a repetirlo, los gobiernos no son encargados de dirigir al público en tal o cual senda, sino de garantizar a cada uno su libertad". Y refiriéndose al censor que es por ese entonces el vate Acuña de Figueroa, dice que "es el primero en nuestra opinión a quien el público debería aplicar la censura, para rayarlo de entre el número de nuestros verdaderos poetas" (37).

Es por estos días que Varela, a través de un artículo sobre "El americanismo y España", resume, puede decirse, la posición de Bilbao (que ya citáramos) en defensa de América. España y América eran para el chileno la encarnación de dos distintos principios: América representaba "las nociones de libertad y de justicia innatas en el hombre" (38), continente destinado "para la incubación del porvenir", dice certero Varela, profetizando que Europa será un día vencida por América: "Vendrá un día, no muy lejano; un día solemne cuyas claridades empiezan a irradiar, en el que la América será la señora del mundo". Y admira, en verdad, en este joven, su sentido profético para vislumbrar otra sociedad muy distinta a la actual: "quien sabe sino será la democracia pura, la que venga a hacer desaparecer a la república; la democracia verdadera con la completa desaparición de los poderes y de los gobiernos, cualquiera que sea las formas con que se representen". ¿Intuye acaso, o conoce Varela en la lejana Montevideo, otras formas de gobierno con las cuales han soñado unos hombres desconformes con las actuales; acaso la Comuna, ha estado en contacto con los utopistas, llegó a Montevideo el Manifiesto Comunista aparecido en el 48? Y agrega, completando en forma idealista su formulación: "el olvido de todos los odios y todos los rencores que encuentran cabida hoy aún en el corazón de los mejores republicanos: la fundación de la verdadera igualdad y de la verdadera fraternidad del género humano; la desaparición de la propiedad individual y la aparición de la propiedad común; la destrucción

(36) Ob. cit., pág. 435.

(37) Ob. cit., N.º 29, noviembre 12 de 1865, pág. 454.

(38) Ob. cit., N.º 31, noviembre 26 de 1865, pág. 485.

de la familia y la construcción de la humanidad; la fundición de todas las naciones en una masa común, sostenida por el trabajo de todos los hombres y dirigida por la justicia infinita; el corazón de todos los hombres palpitando en un solo latido; todas las razas juntándose, encontrándose, asimilándose, identificándose en el amor; el bien sustituyendo el mal, la libertad al despotismo, la justicia a la fuerza, la verdad al error, la vida a la muerte"; y luego de esta especie de El Dorado, también una ilusión que cupo en el optimismo del siglo XVIII, su necesario final deísta: "la desaparición del pueblo de los hombres y la aparición del pueblo de Dios?" (39).

Por momentos hasta nos parece estar leyendo la correspondencia entre Dubois de Fossex y el todavía Francisco (aún no Gracus) Babeuf, sobre aquella república fantástica sólo comparable con el paraíso terrenal... Y termina su artículo sin esperar nada de España. "Las brisas que nos llegan de España, son heladas como las brisas de un cementerio. La España es una tumba (¿todavía Larra?). No, menos aun, es una piedra" (y aquí de nuevo Bilbao), "es una nación-opio" o, como decía Bilbao, *nación cadáver*. Y finaliza: "nuestra madre no es España, nuestra madre es la libertad". Todo este artículo rebosa de ira anti-clerical. Varela cree que el democratismo sajón barrerá al clericalismo, del cual "ni el polvo de tus huesos la América tendrá", como remata usando el verso de Mármol a Rosas, entonces muy en boga. Y termina el año 65, con una nueva refirmación de la necesidad de libertad de bancos, en tono polémico, con *El Siglo*, a raíz de un artículo de este diario atacando los bancos de emisión. Varela defiende la libertad de emisión usando una vez más la zarandeada locomotora de Bilbao.

Con "Un saludo al año 66", que "aparece en el horizonte presagiando un magnífico mediodía", Varela continúa ampliando su horizonte formativo. Y como contribución a ese presagio "¿qué podríamos hacer mejor que traducir un discurso de Víctor Hugo ("En el aniversario del 24 de febrero de 1848") y unir nuestra débil voz para saludar al porvenir, a la voz sonera, inmensa, infinita, del gran poeta del siglo diez y nueve?", se pregunta. Y termina su "himno de la libertad y de la esperanza", con las mismas palabras que Hugo termina su discurso: "Viva la Revolución fu-

(39) Ob. cit., pág. 486.

tura!" (40). Sobre este grito de guerra, recuesta, como al descuido, plañidero, un "Recuerdo" más, entre becqueriano y "marmolista"...

En los números siguientes, su trabajo decae. Algunos poemas, de fechas anteriores sostienen su firma en la revista, y no agregan novedades en su formación; más bien, por el contrario, subrayan su escepticismo "larriano" en su nota sobre el carnaval de ese año y en algún poema como en "La vida", entrecruzado de direcciones, no resuelto ni en la forma ni en el concepto y en donde "un viento de hastío" amenaza secar el corazón. Sin embargo, la conducta, cortesana y renunciadora de Lamartine, le subleva y llama en un artículo (que no lleva su firma, pero sí su estilo) en donde apostrofa al poeta "apóstata", corifeo ahora de Napoleón III, por sus palabras insensatas de que "el Mundo es la propiedad del hombre: el Nuevo Mundo es la propiedad de Europa", por el "absurdo de su doctrina y por la pueril adulación que encierran sus palabras". Y luego de su crítica, termina: "Nuestro pensamiento y nuestro corazón se vuelven involuntariamente como en busca de un contraste hacia el peñón del Atlántico en que reposa su noble cabeza de apóstol de la fe y de la construcción, el ilustre Víctor Hugo, y admiran en él al poeta, al filósofo y al hombre, compadecemos de corazón a M. de Lamartine, y volvemos a exclamar como Timón: "Helas! j'ai trop vécu!".

Nuevos "Recuerdos" (su poesía está casi toda hecha de esta materia) de un viaje por la Argentina, no alcanzan para apaciguar su ardor contra el despotismo español, ante la fracasada revolución de Prim. "A la altura que ha llegado la civilización en el siglo XIX —dice recordando a Bilbao—, los gobiernos despóticos, como el de España, son gigantes de polvo, que basta que haya una mano que los toque, para que derrumben para siempre!" (41). Y a continuación casi, en un artículo apologético extenso, se refiere a su tan admirado Bilbao. "Hay hombres que se convierten en idea, que se hacen luz y que por doquiera que pasan dejan un rastro luminoso. Francisco Bilbao era uno de esos hombres". Señala el contenido de su prédica: "Continuar en América la obra que Michelet y Quinet habían empezado en Francia; exhumar el ca-

(40) Ob. cit., N.º 36, enero 1.º de 1866, pág. 563.

(41) Ob. cit., N.º 48, marzo 25 de 1866, pág. 759.

dáver de Cristo, sepultado durante tantos años bajo la inmensa capa de las preocupaciones; difundir el verdadero espíritu de los Evangelios y hacer de ese espíritu la ley suprema de las naciones; trazar en el vasto cuadro del pensamiento americano, la valla inmensa que separa al catolicismo del cristianismo, y mostrar que uno es la negación de todos los derechos, la anulación del individuo, el rompimiento de todos los verdaderos vínculos sociales, la explotación del débil por el fuerte, del ignorante por el erudito, del pobre por el rico, del creyente por el sacerdote, del laico por el seglar, y que el otro es la proclamación de toda verdad, el reconocimiento de todo derecho, la reanudación de toda justicia obligada, de toda virtud profanada de toda verdad escarnecida; predicar la incesante separación de la Iglesia y el Estado, como base de todo progreso, y la unificación del ciudadano y del creyente como elemento primordial de toda democracia; dejar en los surcos del pueblo la semilla del porvenir, y presentar a los hombres como la carta constitucional de todas las conciencias, los Evangelios: he ahí la misión de Bilbao" (42).

Como se advierte, son estos los mismos conceptos que han servido, como de esqueleto, en la propaganda de Varela. Todo el resto del artículo está centrado en la lucha por cambiar de religión, preocupación de Bilbao, que es la causa de todos los males. "¿Qué es el Papa sino el Rey?... ¿Cómo podrán ser republicanos los pueblos cuya religión es monárquica?... ¿Qué es el catolicismo sino la monarquía religiosa?", se pregunta Varela. "¿Se puede ser republicano en política y ser monárquico en religión? ¿Ser católico y ser demócrata? ¡No!". Con ello nos señala cómo la prédica de Bilbao fué la de atacar abusos no en los efectos sino en las causas mismas. De ahí que lo que se impone es "proclamar la soberanía de la conciencia y del individuo... para tener como resultado infalible la soberanía popular".

Este artículo se completa con uno siguiente, especie de poema en prosa, titulado "El Cristianismo", precedido de cuatro versículos de Lucas, y dividido en seis partes. Asediado por las dolencias que aquejaban a los románticos, Varela, en un "Recuerdo" más de ese año, denuncia soledad y tristeza: "Todo me hace sufrir: que encuentre en todo — un algo indiferente que me hiela"

(42) Ob. cit., pág. 761.

((43). De modo que en una melancólica crónica de las tertulias, encuentra dichosos a los que bailan "wals", y, sobre todo "dichosos los que no tienen recuerdos que los persigan!", todo esto mezclado de continuo con pensamientos cáusticos sobre político como éste: "Los gobiernos son como los altares (de paso, cañazo); sólo deben mirarse de frente. Si uno va a ver lo que está oculto, sólo encuentra cosas feas" (44).

El 29 de abril la Revista hace el balance de su año de vida, destacando lo hecho y en especial la colaboración de Varela, para llegar "adonde nadie se figuró alcanzáramos", y a su vez Varela, luego del final de una historia simbólica, toda llena de indirectas y sentido muy local, agrega: "...como quien no dice nada, hace 365 días que tenemos amores con la Revista; amores que como todos fueron al principio muy entusiastas y después se han ido enfriando progresivamente. Hoy ella y yo estamos aburridos. Cuando dos amantes están aburridos uno del otro, lo mejor es separarse" (45). Y se separaron. Varela dejó de escribir en la Revista. En ese mismo número, en el último rectángulo de la última página, como cerrando el ciclo de tan intenso año de trabajos y de días, se publicó una carta suya al director Tavolara en la que le dice de su decisión y le pide en consecuencia, que le borre del número de sus redactores, porque no le "gustará figurar como redactor de un periódico en el que no escriba y pienson odar por ahora nada a la prensa" (46).

¿Qué había pasado, en verdad, entre Varela y la Revista? ¿Era ese "un capítulo que ha concluido y nada más", como dice Varela, pero el cual no alcanza para invalidar ese amargo burlón final: "No es u nadiós desesperado ni un adiós sombrío el que les dirigimos (a los lectores): es simplemente un voto de felicidad, un que les vaya a ustedes bien", como quien dice un quédense ustedes con Dios... ¿Era, como decía (sin creerlo, por supuesto) inútil su presencia para que la revista igualmente siguiera saliendo? La respuesta la dieron los hechos La Revista no apareció más, a pesar de que como expresa Varela en su carta a Tavolara, no

(43) Ob. cit., N.º 51, abril 15 de 1866, pág. 309.

(44) Ob. cit., N.º 52, abril 22 de 1866, pág. 817.

(45) Ob. cit., N.º 53, abril 29 de 1866, pág. 841.

(46) Ob. cit., pág. 844.

sabemos con qué grado de verosimilitud, tenía “su vida asegurada” Sobre todo esto, nosotros no sabemos más que lo que se desprende de sus propias páginas Aún esta última afirmación de Varela nos merece reparo a estar por un suelto aparecido poco después en *El Siglo*, en el cual se responsabiliza de su desaparición a la indiferencia pública, a pesar del importante servicio que prestaba la Revista, y contra la cual, dice, “es imposible luchar” (47).

¿Se cierra con esta ejecutoria la etapa de la formación racionalista de Varela? No. Todavía, desmintiendo la afirmación de que no pensaba dar por ahora nada a la prensa, “F. de O.” (pseudónimo que reconoce como suyo (48)), polemizará en defensa de su bienamado Bilbao ya muerto y el racionalismo, a raíz de cierto manoseo irónico de que fuera objeto por la prensa instigada por el vicario Vera y sus cofrades. En el cambio de sueltos sobre esta materia, que se realiza en “La Tribuna” (y que Ardao analiza y señala como el comienzo de la lucha ideológica racionalista en el Río de la Plata, en su cap. “Polémica sobre Bilbao”) terció Varela desde *El Siglo*, con las iniciales F. de O., sobre “el pedantismo literario” de Errecart (que no obstante defendía a Bilbao, como que era uno de sus admiradores, aunque también lo era... del gobernante Flores), y se enfrentó con el articulista católico que, bajo el pseudónimo de *Alm*, pretendía burlarse del “apóstol” Bilbao. Varela lo confundió con el escritor A. Magariños Cervantes, a quien fué dirigida su contestación.

El artículo de Varela trata de impugnar “la idea de la revelación y de la divinidad de Cristo”, una de las tantas “cosas viejas” que había “en el altílo de las conciencias” —dice—, asunto sobre el que le parece absurdo volver “cuando todo en la naturaleza y en el nombre protesta contra ella”. Varela negaba el catolicismo que se le atribuía a nuestro pueblo de entonces, afirmando que hasta los sacerdotes hay que importarlos porque no hay entre sus hijos nadie que quiera serlo; y que la mayor parte de ello es que la generosidad tan reconocida de nuestro pueblo, no ha podido levantar ni sostener templos: “las iglesias no pueden hacerse porque no hay quien de ni una triste limosna para ellas”.

(47) “La revista literaria” *El Siglo*, Montevideo, mayo 6 de 1866, 1ª página.

(48) F. de O., “Cuestiones religiosas”, *El Siglo*, Montevideo, 22 de Noviembre de 1866.

Las cartas se siguieron cruzando. Magariños Cervantes rechazó enérgicamente la imputación de paternidad de los artículos en cuestión y Varela se reveló ser F. de O. Es interesante destacar en esta polémica los párrafos proféticos de Magariños en cuanto al porvenir del joven Varela: "...me complazco en reconocer que en la brillante pléyade de la juventud del Plata, el joven escritor forma en la vanguardia, y el humilde veterano le verá con orgullo, como hijo de esta tierra, llevar la bandera del arte y del progreso hasta la cumbre donde a él no le fué dado llegar". Al mismo tiempo que rinde tan cumplido homenaje a Varela, Magariños lo hace igualmente con Bilbao, a quien había conocido en París.

La polémica sobre Bilbao se extendió en la prensa montevideana, de octubre a diciembre del 66. Varela aportó a ella dos extensos artículos, poco conocidos y que, al decir de Ardao, que los destaca en su trabajo, "constituyen las piezas más importantes de toda la literatura racionalista uruguaya", y son los que mejor documentan la primera fase de esta formación racionalista metafísica del futuro Reformador. En el primero de dichos artículos, Varela comienza su defensa del excomulgado Bilbao, uno de los tantos heridos por los conservadores, en su intento de "romper alguno de los eslabones de la ominosa cadena de la preocupación", como dice, que es, agrega, al mismo tiempo un ataque de ultranomtanismo que tiene "en el jesuitismo su expresión más genuina" y que Varela define como "el inmenso vampiro que absorbe incesantemente la sangre y las fuerzas vitales de la humanidad" (49). No se detiene en calificar al catolicismo como doctrina "mala", "fatal", etc., aunque respete y admire, como Bilbao, al sacerdote católico que por ella se sacrifica. Todo el artículo es un recio ataque a la intolerancia católica y sus continuadas traiciones a la causa humana. "Cuando el obispo Sibour, jefe de la iglesia católica de Francia —escribe—, consagraba la traición y el crimen en el coronamiento de Napoleón III, Francisco Bilbao, oscuro ciudadano chileno, protestaba en nombre de la justicia contra la consagración del crimen. Cuando todo el clero católico de Méjico, consagraba con un Te Deum el establecimiento del extranjero en su patria, y sancionaba con su presencia la muerte y el saqueo de

(49) José Pedro Varela, "Francisco Bilbao y el catolicismo", *El Siglo*, Montevideo, Noviembre 24 de 1866.

todo un pueblo, Francisco Bilbao, hermano de todos los que sufrían, sin más títulos que su amor a la democracia y a la libertad, protestaba en nombre de la conciencia y de la humanidad, contra ese asesinato de una nación". De este modo señala la posición de Bilbao en el drama de la opresión, en su lucha por la libertad política de todos los pueblos, por la libertad religiosa de todas las almas, y agrega: "por eso los tiranos y las religiones son sus enemigos; por eso el gobierno de Chile lo desterraba y el obispo de Chile lo excomulgaba; por eso el espíritu del catolicismo, convertido en gusano, se complace en roerle hasta en la tumba". Y en seguida se proclama discípulo de Bilbao, que es decir "de la verdad y de la justicia", y advierte que no se cebarán sobre el cadáver de su maestro, porque si el hombre ha muerto, su doctrina racionalista vive y avanza. Luego contrasta las doctrinas morales de Cristo, a la luz de los Evangelios, con la conducta del catolicismo, y muestra cómo Bilbao alentaba un verdadero espíritu evangélico; y cómo tales ideas son necesarias en momentos en que el país "atravesaba una época solemne", refiriéndose sin duda a la situación del gobierno de Flores, que se estaba viviendo. "Cuando todo ha sido invadido en el terreno de los hechos, es necesario al menos que salvemos intactas las conciencias". De ahí, agrega, "que en estos momentos decisivos se hace más necesario combatir las ideas ultramontanas que predicando la tiranía religiosa, viene a santificar la violación del derecho y el falseamiento de la justicia en política". Y luego de señalar que los pueblos más libres son los estados Unidos e Inglaterra, como los más caducos son España (por encarar religiones avanzadas unos y retrógrada esta última), señala el peligro de la educación católica, "restos que quedan entre nosotros —dice—, los que hacen posible el entronizamiento de las injusticias. Es por eso que combatir al catolicismo es combatir a la tiranía. Y es por eso también que Francisco Bilbao es uno de los apóstoles de la democracia y de la libertad"; no es el creador de un culto, dice terminando su primer artículo, sino "un propagandista de la verdad..., el más noble, el más entusiasta, el más decidido de los propagandistas del racionalismo en América".

El segundo artículo, es un largo y minucioso alegato sobre los Evangelios, como doctrina verdadera, frente a la católica, deformación del espíritu del Evangelio, tal cual lo había formulado ya

en su anterior. Era la tesis de Bilbao —Cristo hombre, frente a Cristo Dios—, racionalismo que proviene del romanticismo francés para el cual la figura de Jesús seguía siendo el resorte de todas las soluciones político-sociales, y una especie de panacea universal. En Varela esta actitud tiene un eco poderoso y se resume en “Hacer del dogma un hecho positivo, unificar al ciudadano y al creyente, y refundir en uno la Iglesia y el Estado, haciendo de la patria el santuario y de la libertad el Dios”, cosa ésta que reputa “la misión de la sociedad moderna” (50). Y luego de señalar que recién se estaba “en los albores del ideal”, porque estaba visto que “la rehabilitación de la mujer iniciada por Cristo” y “la rehabilitación del proletariado iniciado por el espíritu democrático, empiezan apenas a realizarse”, se pregunta cuál será el pueblo que “camine a la cabeza del mundo moderno”, y encuentra (volviendo siempre al mismo espíritu de libertad religiosa y de libre acción individual que “es a los Estados Unidos a quien está reservada esta misión”, admiración que al decir de Ardao, “tiene distinto carácter de aquella otra que después de visitarlo le dispensara Varela. A cada una de ellas —agrega— corresponde una distinta fundamentación cultural y aún filosófica”; dos formas que él las encuentra similar en toda Latino-América, en el correr del siglo XIX, en relación con las dos grandes etapas de evolución de este siglo. “La generación romántica y metafísica —dice, en efecto— admiró por espiritualista a la civilización norteamericana, atendiendo a su exaltación de la libertad religiosa a la vez que política: en Europa Tocqueville, en Latino-América Bilbao, encarnan esa forma histórica de admiración. La generación positivista y cientista, en cambio, admiró ante todo los aspectos utilitarios de aquella civilización, la efectividad de sus adelantos materiales: en Europa Spencer, en Latino-América Sarmiento, encarnan esta otra forma histórica de admiración. Una y otra se enlazan en el común de “la educación del pueblo”, instrumento del progreso espiritual al mismo tiempo que del progreso material. De una y otra fué sucesivamente gran figura representativa en el Uruguay, José Pedro Varela, discípulo de Bilbao antes de su viaje y de Sar-

(50) José Pedro Varela, “La iglesia católica y la sociedad moderna”, *El Siglo*, Montevideo, diciembre 15 de 1866.

miento —con quien convivió en Estados Unidos— después del mismo”.

Nos parece obvio, a esta altura, señalar (con el propio Varela) sus fuentes: Quinet, Michelet, Lamennais, Renán, etc., así como advertir que es a través de su admirado Bilbao, que él recoge ese conocimiento y la conducta filosófica que madura rápidamente a los veinte años. Tal madurez a tan temprana edad, es un anticipo de las hondas responsabilidades sociales que sentía Varela y del destino a que estaba llamado y que cumplió vertiginosamente apenas despuntados los treinta años. Su periodismo posterior a estos artículos, que se reinicia en *El Siglo* con un “Folletín del Domingo” —30 de diciembre de 1866—, no agregan nada a esa conciencia hecha de ardor y razón, que su próximo viaje desgajará de toda superflua teoría y encaminará hacia la lección de los hechos, su segunda y grande experiencia por el mundo de los hombres y de la cultura.

(Montevideo, marzo de 1954).